

A black bicycle is leaning against a wall with a white sign. The wall is made of rough, textured material, possibly stone or concrete. The bicycle is positioned on the left side of the frame, leaning against the wall. The sign is rectangular and white, with the title 'LAS LEYES DE HERMÓGENES' written in black, serif, all-caps font. The author's name 'Josep Capsir' is written in a white, serif font on the right side of the cover. The background is a textured wall with a cobblestone path in the foreground.

LAS LEYES
DE
HERMÓGENES

Josep Capsir

Blanes (Costa Brava), verano de 1984.

A los catorce años, Toni debe asumir que ha dejado atrás su niñez y que debe lidiar con su recién estrenada adolescencia; un cambio que sembrará su camino de nuevas experiencias y de dudas. Su primer trabajo, el primer amor, el sexo y una amistad muy particular con el hombre más huraño y despreciado del pueblo son los nuevos escenarios en los que debe enfrentarse un muchacho acostumbrado a vivir bajo el cobijo de sus padres.

Hermógenes, un viejo marinero despreciado y odiado por todo el pueblo, es un espadachín de la retórica y un hombre con una visión de la vida muy particular. Cada palabra suya es una enseñanza y cada frase que pronuncia la convierte en ley.

Y entre ellos surgió una profunda amistad.

Por ti y para ti, Hermo.

Dedicado a mis hijos Pol y Carol, quienes han perfeccionado mi personalidad y me han enseñado a querer y a sacrificarme. Y también a todos aquellos que me han ayudado a ser quien soy y a los que por desgracia ya no podrán leer este libro. A todos ellos, muchas gracias.

PRÓLOGO

Se podría debatir ampliamente en torno a si la personalidad es una cualidad innata de un individuo o si su desarrollo forma parte de un proceso evolutivo en el que el entorno familiar, escolar, social o cultural determina el carácter y la forma de entender la vida de cada uno de nosotros.

En los senos familiares con diferentes hermanos podemos comprobar que, aunque cada uno ha recibido la misma educación y han vivido en el mismo entorno, las personalidades de cada uno de ellos resultan completamente diferentes y generalmente nos resultan más atractivas las personas con un carácter fuerte y seguro, gente capaz de transmitir una energía que los convierte en seres respetados u odiados. En ocasiones, esa admiración que nos transmiten las personas con personalidades fuertes y marcadas nos lleva a intentar imitar aquellos rasgos que creemos no tener. Muchos pensarán que imitar la personalidad de una persona es intentar interpretar un papel en la vida que no nos corresponde, pero otros, dentro de los que me incluyo, pensaremos que estos perfiles nos han sido útiles para adquirir nuestra propia personalidad. Nuestro crecimiento personal se cultiva aprendiendo de los demás, intentando hacer nuestras las influencias que nos rodean.

Durante mi niñez idolatraba la imagen de mi padre, lo veía desde abajo, como un ser todopoderoso y sabio, una persona fuerte que me transmitía seguridad, de modo que mi objetivo era plagiar todas sus actitudes, pensamientos y creencias para poder llegar a ser como él. Durante la adolescencia, la efervescencia hormonal distorsionó ligeramente esa imagen y empecé a cuestionar algunas de las virtudes que había percibido en él durante la infancia. Todos los

padres con adolescentes de más o menos catorce años esbozarán una sonrisa de comprensión si afirmo que es una edad en la que las influencias de otras personas sobre el «hormonoide» en cuestión pueden suponerle la más profunda admiración o el más absoluto de los rechazos.

Con catorce años, conocí a una de las personas más importantes de mi vida, un hombre con una personalidad desbordante, rica y fascinante, llena de matices, llena de carencias. Fue un amigo atemporal, un hombre de otra generación que venía de un mundo muy diferente al mío. Hermógenes era un viejo lobo de mar, un espíritu solitario, abandonado a sus miedos y a sus miserias, una persona a la que la vida no se lo puso fácil, pero que aprendió a interpretarla; eso sí, a su manera...

Según la mitología griega, Hermes es el Dios Olímpico, de los viajeros y de las fronteras que estos cruzan, de los pastores, de los marineros, de los inventores y de los oradores; de todos aquellos que utilizan su ingenio en la vida o en su profesión. Como heraldo de los Dioses destacó por su habilidad en la oratoria y en el uso de la palabra, como los mercaderes. Se dice que los pastores griegos, cuando deseaban conseguir algún imposible, se encomendaban al poder negociador de Hermes para conseguir lo que más apreciaban y por eso ofrecían ante su imagen la lengua de sus reses a fin de lograr los objetos deseados. A Hermes también se le atribuyen cualidades relacionadas con la prudencia, la astucia, el fraude, el perjurio y el robo. También se dice que Hermógenes es el nombre de aquel que ha sido engendrado por Hermes.

UNA HUELLA IMBORRABLE

Siempre fui un chico bajito, delgado y de hechuras estrechas, de tez blanca y constelada de pecas. A día de hoy no puedo quejarme de mi físico, pero debo reconocer que durante mi infancia y una buena parte de mi adolescencia, ese aspecto de niño canijo me supuso algún que otro dolor de cabeza, además de algún que otro complejo. Cuando uno está en edad escolar se expone al vandalismo psíquico y físico de los compañeros de clase, niños sin escrúpulos que no tienen ningún pudor a la hora de encarnizarse con alguien. En este sentido, yo no era el gordo de la clase, ni el afeminado, ni el tontito, ni el empollón, por lo que a simple vista, jamás debería haber sido el blanco de la burla y del escarnio de mis compañeros de clase; pero lo fui. Yo era el enclenque y blanquito pecosillo al que habían llamado durante muchos años Copito de Nieve o El hijo del lechero, entre muchos otros mote más que a través de los años he ido haciendo desaparecer de mi memoria para no dañar mi autoestima, en definitiva, fui blanco de burla.

Autoestima. Bonita palabra, llena de significado y de connotaciones perjudiciales para un preadolescente. Ser enclenque, blanquito, pecoso y de estructura ósea menuda no ayudaba demasiado a mi autoestima, pero que algunos niños crueles me lo recordaran a diario había conseguido hacer mella en ella. Era tímido y timorato, me asustaban situaciones que cualquier otro niño de mi edad podía solventar sin ningún tipo de miedo ni complejo. Mis mejillas enrojecían en cuanto alguien se dirigía a mí y eso delataba aún más mi timidez. No soportaba los conflictos, las peleas, los gritos y las discusiones; en cuanto alguna situación me sobrepasaba, me refugiaba en el interior de mi caparazón

hasta que la situación se calmaba. Era un «cobarde, gallina, capitán de la sardina».

Tenía problemas en el trato con las chicas porque pensaba que me consideraban feo, bajito, blanquito e insípido y aunque mi abuela siempre me decía que esos ojos negros y esas pestañas largas que acompañaban a mi aguileña nariz me harían triunfar con las chicas, siempre me pareció una maniobra para procurar ánimos a mi frágil autoestima. A esa edad, digamos que los comentarios halagadores de mi familia eran demasiado sospechosos de afecto y por lo tanto, carecían de credibilidad alguna.

En 1984 y con catorce primaveras a mis espaldas, todavía no tenía las ideas demasiado claras y mucho menos una personalidad formada. Había vivido toda la vida bajo las faldas de mi madre y había sido sometido al arrollador temperamento de mi padre. En esa época y a esa edad, prácticamente todas y cada una de las cosas que uno quería hacer debían tener el permiso expreso de los padres; bueno, básicamente hablo del permiso expreso de mi padre, que era el que llevaba los pantalones y el cinturón de castigo. En mi casa, mis ideas y pensamientos no eran tomados demasiado en cuenta y eso me turbaba —chiquilladas... decía mi madre—. Me sentía vulnerable ante el poder que ejercían los adultos, aunque percibía que mi mente estaba preparada para tomar mis propias decisiones. Así pues, estaba en una etapa de la vida en la que mi personalidad era muy moldeable e influenciable, enriquecida por los modos educativos religiosos del colegio, por los hábitos, normas y costumbres de mi familia y por las vivencias y relaciones sociales con los amigos y compañeros de clase. La televisión nos mostraba a todos los jóvenes de esa época que los tiempos cambiaban, que estaba en auge una «Movida» generacional que se impregnaba en la sociedad a través de la música y la manera de vestir. Las tribus urbanas formaban parte de un nuevo tipo de sociedad y los *quinqüis* se instalaban en los barrios marginales con indumentarias que mar-

caban tendencia. La desobediencia a todo lo establecido estaba en el orden del día y aunque viendo todo aquello, a uno le entraban ganas de llenarse la chaqueta de tachuelas y símbolos anarquistas o pintarse el pelo de colores, en cuanto me venía a la cabeza la posible reacción que tendría mi padre ante tal cambio, optaba por volver a enfundarme la camisa de blanco immaculado que como cada mañana reposaba en una percha de mi armario.

Al cumplir los catorce me di cuenta de que todos aquellos juegos y aficiones que habían formado parte de mi día a día durante la infancia ya no tenían ningún interés para mí. Sin apenas darme cuenta, había dejado de jugar con mis muñequitos de plástico, mis construcciones de cinco mil piezas y mi Subbuteo. Definitivamente, lo había cambiado todo por el interés hacia las chicas, las zapatillas de marca y la música pop. Me había sorprendido a mí mismo el hecho de pedirles a los Reyes Magos el último disco de Dire Straits y unas Adidas Europa en lugar de una bicicleta de moda o un nuevo equipo para mi Subbuteo. Ese año, por fin había dado un estirón de verdad y eso le hizo mucho bien a mi maltrecha autoestima y empecé a adquirir un poco más de seguridad en mí mismo.

Esos no fueron todos los cambios, mi entorno también cambió conmigo y de qué manera. Las actividades cotidianas con mis amigos también habían variado por completo, las tardes que habíamos pasado jugando a fútbol en la playa o haciendo carreras con nuestras bicicletas habían dado paso a otras actividades menos lúdicas y más sedentarias. Sin ir más lejos y a modo de ejemplo, recuerdo que solíamos quemar las tardes sentados en el respaldo de un banco del paseo marítimo, comiendo pipas y disertando sobre los placeres de una solitaria sexualidad recién encontrada. Habíamos cambiado la compra de chucherías por la compra de cigarrillos rubios, recuerdo que solíamos tumbarnos tras los arcones donde se guardaban las hamacas para hacer nuestras primeras caladas clandestinas.

El invierno anterior a ese verano de 1984 se había teñido de luto, era la primera vez que la muerte de un familiar cercano se había interpuesto en mi felicidad. El Avi había fallecido en un hospital tras varios meses luchando contra una terrible enfermedad. Fue un suceso que marcó mi vida y la marcará para siempre; no solo por el afecto que sentía hacia mi abuelo sino porque fue la primera vez que vi llorar a mi padre, un hombre de carácter, serio, honrado y trabajador. Aparenta tener genio y seguridad, aunque con los años he ido descubriendo que muchos de sus desmanes eran una máscara con la que se protegía de sus propios miedos y debilidades. Gran parte de mi personalidad se la debo a mi padre, somos lo que imitamos. Mi madre, en cambio tiene un carácter más dócil y más dialogante, aunque también sabía marcar el territorio a zapatillazo limpio. Ella es lista como una culebrilla, bajo una apariencia de sumisión hacia mi padre, siempre ha acabado manejando el cotarro de lo que se hacía en casa, haciendo creer a mi padre que la decisión la había tomado él. Es una verdadera superwoman, capaz de atender en la tienda y llevar la casa al día sin despeinarse y sin perder su sonrisa y su alegría. Otra gran parte de mi personalidad se la debo a ella.

Hoy, habiendo sobrepasado ya la barrera de los cuarenta, sigo recordando aquel verano como el principio de un cambio, el verano en el que dejé a un lado todos mis temores y todos mis complejos; el año en que empecé a forjar mi personalidad. Y no lo hice solo, hubo alguien que influyó de una manera determinante en mi vida, que me ayudó a madurar, a entender la vida de una manera diferente y esa persona fue el viejo Hermógenes.

Desde estas líneas no pretendo explicaros mi vida. Es demasiado aburrida como para hacer una novela de ella. Pretendo cumplir una promesa que hice durante los últimos días de ese verano de 1984 y con ella, honrar la memoria de una persona que no tuvo un camino fácil por la vida,

una persona con una personalidad arrolladora, una persona que convertía sus palabras en leyes.

Por ti y para ti, Hermo.

CAPÍTULO 1

Mis padres nunca habían tenido demasiado sentido del patriotismo, por lo que entendía que las lágrimas que recorrían sus mejillas durante la jura de bandera, no se debían al hecho de verme vestido con el traje de bonito, más bien a que tras nueve meses de Servicio Militar Obligatorio en Barbastro, por fin volvía a casa. Mi padre, más erguido que algunos de los soldados que formábamos en el patio de armas del cuartel, sostenía en su hombro el petate que me había acompañado durante esos últimos meses. Podría decir, como muchos otros lo han hecho, que gracias a la mili me formé como persona y me hice más hombre, pero no lo diré porque no es del todo cierto; esos nueve meses de desarraigo solo me comportaron lágrimas, ausencias y una alta dosis de nicotina que empecé a consumir a los tres meses de estar perdiendo el tiempo en Barbastro. No obstante, siempre recordaré las amistades que forjé durante ese tiempo con algunos compañeros de fatigas. Carlos, un chaval de San Fernando con el que conecté desde el primer día y Sergio, un madrileño más chalado que mi tío Ramón, habían sido mis compañeros de vivencias. El último día nos intercambiamos los números de teléfono y nuestras respectivas direcciones para mantener los lazos de amistad, aunque lo cierto es que con el tiempo se fue perdiendo el contacto entre nosotros hasta desaparecer por completo.

Pese a que mis padres esperaban impacientes a que acabara el acto militar para poder marcharnos a casa, les pedí que me dejaran tomarme las últimas cervezas con los amigos en la cantina del cuartel. Aunque tenía ganas de volver a pisar la arena de la playa de mi pueblo, ver a mis amigos de infancia y dormir en mi bendita cama, un último

trago con los camaradas se convertía en una condición «*sine qua non*».

Sin lugar a dudas, la despedida con Fernando y Sergio estaba teñida de sensaciones contrapuestas; por una parte existía el alivio de haberse quitado de encima el Servicio Militar pero por otro lado se rompía una conexión con unos chavales extraordinarios. Ese último brindis a botellín alzado, ese último sorbo de espuma de cerveza y ese último saludo militar a modo de despedida entre camaradas formarán parte de mis recuerdos durante el resto de mi vida.

Papá introdujo el petate en el maletero de nuestro viejo Renault 5 amarillo mientras mamá entraba en el coche por una de las puertas traseras. Creo que fue la primera vez que entré en ese coche por la puerta del acompañante; fue como si mi madre me considerase por fin un hombre y por eso, merecedor de ocupar el asiento delantero. Imaginé que a partir de ese día, mi madre dejaría de abrochar el último botón de mi camisa, dejaría de limpiarme los chorrtones de la cara a dedo lamido y permitiría encerrarme en el lavabo con el pestillo corrido. Quizás para mis padres, el Servicio Militar fue el paso definitivo para aceptarme como un adulto o lo que se decía por esos entonces: un hombre hecho y derecho.

Durante el trayecto, le daba vueltas a esa nueva condición de adulto que parecía haber estrenado. Yo mismo me sorprendía de cómo había cambiado mi manera de ser, ya no era ese niño timorato y acomplexado, era un hombre mucho más maduro y seguro de mí mismo. Podría decir, sin miedo a equivocarme, que quién había forjado mi personalidad durante esos últimos años había sido el viejo Hermógenes, por eso, cuando estábamos llegando a casa se me ocurrió preguntar por él.

—¿Qué se sabe del viejo Hermógenes? —pregunté con la boca llena, mientras degustaba uno de los bocadillos de chorizo reblandecidos que solía preparar mi madre.

—Pues corre el rumor por el pueblo de que está ingresado en un hospital de Barcelona; parece ser que está en las últimas... —explicó mi padre, apoyando su mano en mi pierna, consciente del afecto que sentía por ese hombre.

—¡Vaya...! —pude articular, mientras intentaba engullir el último trozo del bocadillo—. ¡Pobre Hermo! Seguro que debe de estar solo. ¿Sabéis en qué hospital está?

Mis padres se dirigieron una mirada furtiva a través del retrovisor. Mi padre disintió con la cabeza y presionó con fuerza mi muslo.

—Está en el Hospital Clínico... —confesó al fin mi padre.

—¿Nos coge de camino no? ¿Podemos pasar un momento a visitarlo?

—Toni, mañana será otro día, ahora estamos todos cansados... Ha sido un día largo y mejor será que...

—Por favor, quiero verlo hoy —interrumpí a mi padre solícitamente.

—¡Está bien! Te dejamos en el hospital, pero no estés mucho rato, ya sabes que no me gusta conducir de noche... —Aceptó mi padre tras un profundo respingo de resignación.

Una hora más tarde, me encontraba en la recepción del hospital, ante una señora poco solícita, intentando averiguar la habitación de Hermógenes.

—¿Qué nombre dice?

—Hermógenes...

—¿Hermógenes? ¿Qué más?

—Pues no lo sé, nunca he sabido su apellido, todo el mundo lo conoce con el nombre de Hermógenes... ¿No puede buscar por el nombre propio? No creo que haya demasiados pacientes con ese nombre, ¿no cree? —Mi tono de voz denotaba una cierta impaciencia.

—Está en la habitación 306, en la tercera planta, pero solamente puede recibir visitas de su familia —contestó con impertinencia la recepcionista.

—Yo soy..., yo soy la única familia que tiene Hermógenes. Muchas gracias y que usted pase unas buenas tardes.
—Me despedí dando un grosero manotazo al mostrador y girándome con decisión.

Mis nudillos golpearon tímidamente la puerta 306, la abrí medio palmo esperando algún tipo de permiso para entrar y entonces escuché un gruñido muy familiar.

—¡Me cago en todo! ¡La puerta está abierta! —exclamó esa voz familiar.

—Sabe perfectamente que jamás he entrado en su casa sin su permiso. Hay cosas que no deben cambiar... —contesté mientras entraba en la habitación.

—¡Toni! —Hermógenes se incorporó levemente de su posición horizontal con una tímida sonrisa en sus labios, aunque rápidamente frunció el ceño—. ¡Esta no es mi casa, grumete! Aquí no necesitas permiso para entrar, esto parece el camarote de los hermanos Marx, aquí entra todo el mundo como Pedro por su casa...

—Veo que no ha perdido su habitual simpatía —dije en tono jocoso.

—Tú lo has dicho antes, hay cosas que no deben cambiar.

Me acerqué a él con decisión para darle un abrazo pero me detuve al ver que levantaba la mano.

—¿No pretenderás abrazarme o besarme? Una cosa es que te haya permitido formar parte de mi vida y otra muy diferente es que empecemos a frotar nuestros cuerpos —farfulló tras un espasmódico ataque de tos.

—No se preocupe, no le abrazaré, no heriré su masculinidad con ningún acto de afecto —contesté irónicamente y con cierta frustración. Sentía la necesidad de darle un abrazo a ese viejo del diablo.

—¿A qué vienes? ¿No estabas tú en la mili? —replicó con su habitual acritud.

—Hoy he jurado bandera y vuelvo a casa... Se acabó eso de servir a la patria.

—¿Y no tienes nada mejor que hacer en el día de tu licenciatura que venir a tocarme el forro de los calzoncillos? ¡Vete con tus amigos a celebrarlo! Yo no estoy con mucho humor estos últimos días... —gruñó nuevamente, dándose la vuelta y dándome la espalda.

—¡Ni hablar! —le respondí mientras caminaba hacia la ventana para volverme a situar ante él—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Por qué lo han ingresado?

—Ya ha llegado el señor preguntador metomentodo. Lo tuyo no sé si es interés o curiosidad. ¿Qué quieres que te responda, caballere? Pues que estoy jodido, que mi cuerpo no funciona bien y este maldito enfisema ha decidido tomar posesión de todo el pulmón derecho. El cartero me encontró inconsciente y deshidratado en mi casa... ¿Estás contento? —contestó con excitación.

—¿Y tiene para mucho? —Me preocupé.

—¿De qué?, ¿mucho de qué? ¿Mucho de vida o mucho de estar en el hospital? —alzó la voz—, de todos modos, si tu pregunta se refiere tanto a lo primero como a lo segundo, la respuesta es la misma: No lo sé...

—Hermógenes, sabe que le quiero como si fuera mi abuelo; no podía volver a casa sin visitarle. Me preocupa su estado de salud... ¡Me preocupa usted! —Le señalé con el dedo en tímida reprimenda.

Mis ojos se enrojecieron y tuve que presionar mis labios y tragar saliva para contener las lágrimas.

—¡Maldito muchacho! No derrames ni una sola lágrima por mí, aún me harías llorar y no me apetece deshidratarme más. Los médicos me lo han desaconsejado —me reprochó con uno de sus típicos aspavientos.

—Y ¿desde cuándo hace usted caso a los médicos?

Hermógenes y yo habíamos establecido un código de comunicación basado en una ironía cargada de verdades. Él me había adiestrado en el arte de la retórica punzante y sabía perfectamente que cuando él se quedaba en silencio más de tres segundos sin replicar alguna de mis frases sig-